

Grandes mujeres de la humanidad

Clara Louise Maass

UNA ENFERMERA PARA EL RECUERDO

Esta próximo a cumplirse el centenario de la desaparición de la heroica enfermera que entregó su vida en aras de la ciencia, Clara Louise Maass. Con este artículo intentaremos que las autoridades postales estudien la posibilidad de recordar esta fecha de tanto significado en la lucha contra el flagelo de la humanidad, la fiebre amarilla, que sobre todo, a fines del pasado siglo se cobró cientos de miles de vidas tanto en Cuba, como en casi toda América Central y el Caribe. Hoy día se ha avanzado mucho en la lucha contra esta enfermedad, sin embargo en algunos países se siguen dando casos aislados, y muy recientemente, el vector que la trasmite, el mosquito *Aedes aegypti*, descubierto como agente transmisor por el sabio cubano, el doctor Carlos J. Finlay, en 1881, propaga otros tipos de enfermedades de igual forma que ocurrió hace cien años.

Hasta el presente solamente dos países han emitido sellos dedicados a Clara Louise Maass, la República de Cuba, en 1951, un sello de dos centavos, con motivo del cincuentenario de su muerte, que ocurrió precisamente en la Isla, en plena intervención norteamericana, cuando todavía con mucho excepticismo se ponía en duda la afirmación de Finlay, y los Estados Unidos, en 1976, que recordó el centenario de su nacimiento con un sello de trece cent.

De forma particular se han emitido en diferentes años viñetas alusivas, especialmente por el Clara Maass Lutheran Memorial hospital de Newark, Nueva Jersey.

Clara Louise Maass, hija primogénita de Robert E. y Hedwig Maass, nació el 28 de junio de 1876 en el seno de una familia humilde (compuesta por 4 hermanos y 4 hermanas, además de ella) en una pequeña vivienda de East Orange.

Como primogénita, los trabajos más duros recaían sobre ella, a menudo hacía de madre sustituta, enfermera sin remuneración y ama de casa. El trabajo de su padre, en una sombrerería, era eventual y muy mal pagado, por lo que la familia a menudo se encontra-



Clara Louise Maass, en su época de estudiante de enfermería

ba al borde de la pobreza.

Clara conocía bien el significado de la palabra trabajo. Estando aún en la escuela primaria, empezó a trabajar como niñera en una casa, en la que realizaba desde labores de limpieza hasta de alimentación de niños a las 3 de la madrugada. El pago que le daban por su trabajo era comida, una habitación propia y tiempo



Clara L. Maass, de pie a la derecha, en un hospital de campaña en Cuba, cuando se llevaba una incesante lucha contra la fiebre amarilla

libre para ir a la escuela. No recibía dinero, ni tenía tiempo para otra cosa, pero al menos su padre tenía una boca menos que alimentar.

Después de esto Clara pudo disfrutar de un corto periodo de niñez al trasladarse la familia Maass a una granja de Livingston cuando ella tenía 12 años. Aquí iba al colegio, jugaba en un pequeño arroyo que había cerca de su casa y tenía tiempo para soñar. Pero muy pronto la familia tuvo que regresar a East Orange y Clara volvió a su antiguo trabajo de niñera.

Fueron muy importantes en la vida de Clara los 3 años cursados en el Instituto de East Orange antes de que los abandonara por un trabajo de jornada completa en el Orfanato Newark. En él ganaba 10 dólares al mes por cuidar y ayudar a los niños durante los 7 días de la semana. De este sueldo, daba a su madre al menos la mitad todos los meses. Aunque ella intentara continuar sus estudios en la escuela nocturna, nunca tuvo tiempo ni dinero suficiente para hacerlo.

A los 17 años de edad y tras haber leído gran cantidad de información que a ella le parecía casi imposible (tener un salario de 5 dólares al mes al mismo tiempo de ser educada como enfermera), decidió apuntarse a la nueva escuela de enfermería del «German Hospital». El primer y único test que tuvo que pasar una vez en la escuela, fue la entrevista con la enfermera jefe (y también directora), Anna Seeber, de la cual salió bien parada, y así, en 1893, Clara ingresó en la escuela de enfermeras del Hospital Alemán.

Tras esto, transcurrieron dos duros años de clases impartidas por parte de los profesores, los doctores, los pacientes y la directora (todas ellas casi siempre en alemán), en las distintas áreas del hospital: en la sala de operaciones, en maternidad, en la sala de pacientes terminales. Aquí Clara vio el principio de la vida, el fin, la esperanza... Poco a poco Clara se fue convirtiendo en enfermera. Se graduó en 1895, junto a otras tres compañeras (el año anterior, el que fuera el primer año de graduación de la escuela, sólo había salido una

enfermera entre doce candidatas, probando la dureza del curso y el afán de dedicación que se exigía).

Empezó a trabajar como enfermera en el mismo hospital, siempre realizando los trabajos más duros con gran animación y espíritu de lucha, transmitiéndolo a sus pacientes, compartiéndolo con trabajos de enfermería particulares.

A los 21 años fue nombrada enfermera jefe del hospital. Fue en esta época, exactamente el 15 de febrero de 1898, cuando se produjeron los incidentes de la explosión del «Maine» en Cuba y estalló la guerra con España. Desde el primer momento Clara intentó alistarse para ejercer enfermería en el frente, pero esto sólo les estaba permitido a los hombres. Mientras tanto ella seguía trabajando en el hospital sin cobrar esperando la llamada para su alistamiento.

La guerra continuó y las bajas de soldados tanto por heridas de bala como por fiebres seguían aumentando. Una vez acabada la guerra, Clara fue enviada al Campo-hospital del 7º Cuerpo de la Armada americana en Jacksonville, Florida, donde había cientos de soldados enfermos de malaria, fiebres tifoideas y disentería. Clara se encontraba en un ambiente conocido, ya que la fiebre tifoidea era ya habitual cuando trabajaba en el Hospital Alemán. Ella trabajaba durante el día para aliviar a los torturados soldados y por la noche volvía al campo base donde le esperaban una tienda de campaña con un duro catre del ejército y tres enfermeras más procedentes de Filadelfia.

Los soldados enfermos de fiebres eran enviados a los campamentos más al sur, temiendo que si volvían a casa pudieran contagiar a la población. Clara Maas fue trasladada a Savannah y posteriormente a Santiago de Cuba, donde tomó su primer contacto con la fiebre amarilla (llamada por los marineros americanos «Yellow Jack» y «Vómito negro» por los soldados españoles), tras lo cual, terminó su contrato con la Armada y regresó a casa de sus padres.

Posteriormente surgió la insurrección en Filipinas, a la que los Estados Unidos volvieron a enviar tropas y el 9 de noviembre de 1899 Clara envió una carta al Cirujano General pidiendo su incorporación en las filas de las enfermeras enviadas a Manila. El 20 de noviembre se recibió un telegrama en casa de sus padres diciendo que sólo tenía dos horas para embarcar en el «Logan» en Nueva York. Clara cogió lo indispensable y zarpó rumbo a Manila, don-

de semanas más tarde sería asignada al Hospital de Reserva. Allí, tras siete meses de estancia contrajo el «dengue» (del que más tarde se recuperó) y volvió a encontrarse con la malaria, las fiebres tifoideas y la fiebre amarilla, la más misteriosa causa de mortandad del mundo hasta entonces.

La fiebre amarilla había estado causando estragos en Estados Unidos desde 1668, pero fue en 1900 cuando el gobierno lanzó el primer gran ataque contra la enfermedad en Cuba. Se creó un centro de investigación en Quemodas, en el que se empezó experimentando con «Bacillus icteroides» (causa de la enfermedad, según un investigador italiano) y que resultó un fracaso por tratarse el bacilo sólo causante de una fiebre del ganado porcino.

Irónicamente, la solución al enigma ya existía desde 1881, año en que el doctor cubano Carlos Finlay escribió sobre la posibilidad de que un mosquito fuera el causante de la fiebre amarilla, idea calificada en su día de absurda. No obstante, en 1900 el mando militar en Quemodas decidió probar la veracidad o no de la teoría del físico cubano, expo-

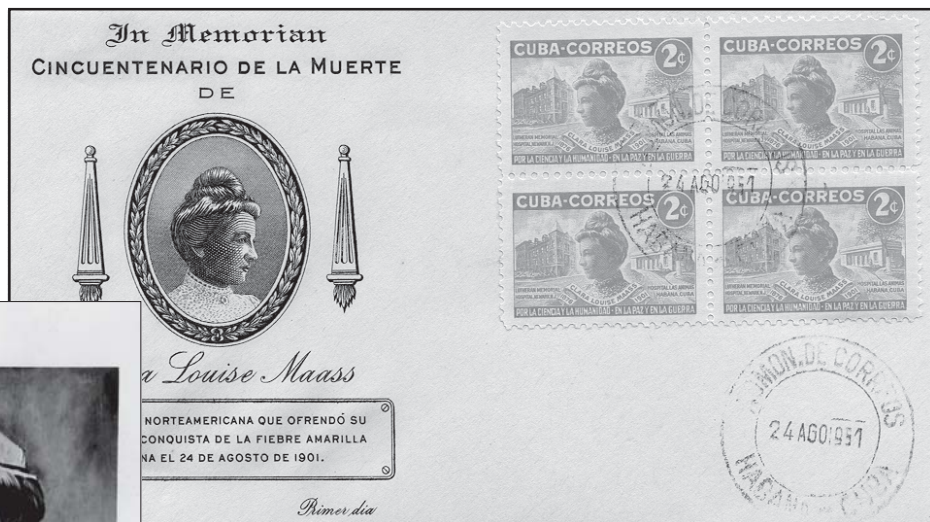


Clara Louise Maass

teoría del mosquito. En estos momentos Clara tenía pensado casarse con «cierto hombre de negocios de Nueva York» (nunca identificado posteriormente). Aparcó temporalmente la idea y zarpó hacia el Hospital Las Ánimas de Cuba. En este hospital el Dr. John Guiteras explicó a



Clara L. Maass, de fondo el Hospital de Las Ánimas en Cuba



El sello emitido en Cuba en 1951, reproduce la foto más conocida de Clara L. Maass

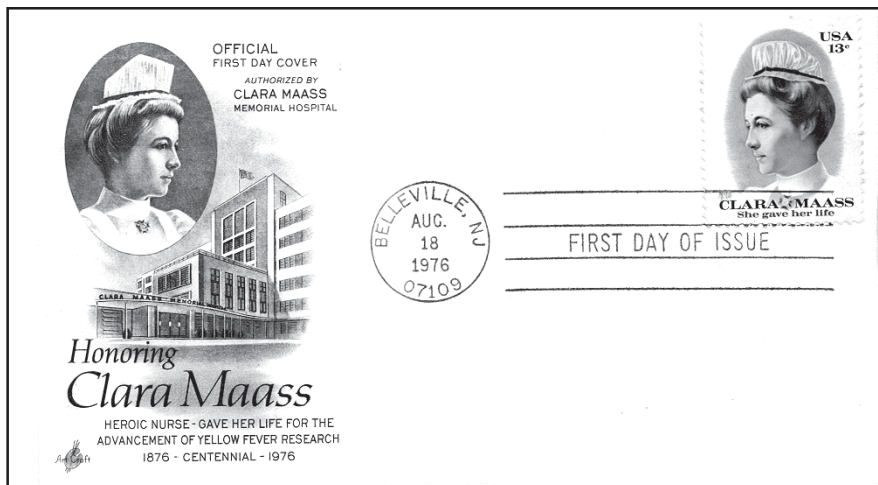
niendo a nueve de sus soldados a la picadura del mosquito en agosto de ese año. Ninguno murió. Un mes más tarde, el Dr. Jessie W. Lazear también se expuso a la picadura y murió el 25 de septiembre (muerte que el ejército calificó de «fiebre amarilla accidental»).

La teoría del mosquito tomaba cuerpo, pero los oficiales al mando no tomaron precauciones.

Entre tanto, el 14 de octubre de 1900, Clara recibió otra llamada para volver a La Habana firmada por William G. Gorgas, el Oficial Jefe Sanitario de Quemodas y el más escéptico sobre la

Clara el experimento realizado por el Dr. Lazear y le transmitió su idea de que la muerte de éste no había sido accidental. El Dr. Guiteras era partidario de propagar la fiebre de forma controlada para asegurar la inmunización, realizando una pequeña inoculación. Él admitía que su plan conllevaba un «considerable riesgo para la persona inoculada».

Así, al final de la primavera de 1901, el Ejército ofrecía 100 dólares a los voluntarios que quisieran ser inyectados por el mosquito «Stegomyia» para un experimento inmunológico. Seis inmigrantes recientemente llegados desde España se ofrecieron para ser inoculados y dos de ellos murieron. Desanimada, pero no asustada por las muertes, Clara Maass empezó



Sobre conmemorativo de primer día Estados Unidos en homenaje de Clara Louise Maass

a plantearse ofrecerse voluntaria ella misma y así, enseguida escribiría una carta a su madre, ya viuda, diciendo: *Pronto enviaré 100 dólares. Serán para pagar deudas urgentes y para poder traer a Sofía (su hermana pequeña) a Cuba. Puedo conseguirla un empleo como enfermera con 50 dólares mensuales de salario. Ella puede ocupar mi lugar porque -no te sorprendas, madre- pronto me casaré. En una carta posterior Clara decía a su madre: "No te preocupes madre, si oyes que tengo fiebre amarilla. Ahora es una buena época del año para cogerla, si es que he de hacerlo. La mayoría de los casos son leves, y podré estar inmunizada para nunca más tener miedo al contagio".* Así, el 24 de junio de 1901, cuatro días antes de su 24 cumpleaños, Clara ofreció su brazo vo-

luntariamente para ser inoculada, sabiendo que se contagiaría. Fue la única mujer que plantó cara al *Stegomyia* por su propio deseo. Contrajo un caso leve de fiebre amarilla y pronto se recuperó.

Los médicos dudaban si un caso tan leve habría producido la inmunización deseada, por lo que el 14 de agosto Clara se volvió a someter a la inoculación, esta vez por un mosquito «cargado» (no todos los mosquitos lo estaban) y pronto se contagió de fiebre amarilla.

La fiebre inundó todo su cuerpo, padecía fuertes dolores de cabeza, así como musculares que le llevaron a escribir otra carta a su madre: *"Adiós, madre. No te preocupes. Dios cuidará de mí en el hospital de la fiebre amarilla como su estuviera en casa. Próximamente te mandaré todo lo que he ganado, que será bueno tanto para ti como para las pequeñas. Sé que soy el hombre de la familia, pero no recéis por mí"*. Antes de que esta carta llegara a su destino, la familia Maass ya sabía que Clara estaba muy enferma, pues habían estado recibiendo escuetos telegramas firmados por Gorgas en los que les informaban del estado de Clara: La señorita Maass tiene fiebre amarilla, La señorita Maass empeora, y el último, La señorita Maass murió el 24 a las seis y media.

Tras la recepción del primer telegrama, la hermana pequeña de Clara, Sofía, embarcó hacia Cuba y llegó momentos antes de su muerte. Tras el entierro en el Cementerio Colón de La Habana, recogió las cosas que había dejado y volvió a New Jersey.

Los experimentos terminaron tras la muerte de Clara Maass, después de probada la culpabilidad del mosquito en la enfermedad. Con el tiempo el mosquito fue vencido, Cuba se liberó del «Vómito negro», los marineros del «Yellow Jack» y el mundo entero de la fiebre amarilla.

Los periódicos se hicieron eco de la muerte de Clara e informaron profusamente de su heroica muerte, incluso el «New York Times» le dedicó un edi-

torial contando su historia y su espíritu de sacrificio en Cuba para erradicar la enfermedad.

Clara Maass no sufrió tampoco el olvido del Ejército: Su gorro de enfermera fue desenterrado y enviado al Cementerio Fairmount, New Jersey, donde fue reenterrado bajo una pequeña losa con inscripciones del ejército. Su madre recibió una pequeña pensión en 1904 reco-



Matasellos en homenaje de Carlos J. Finlay y Clara Louise Maass

nocimiento «al carácter militar de Clara hasta el momento de su muerte».

LOS SELLOS

Clara Louise Maass murió el 24 de agosto de 1901. Los grandes esfuerzos para que Estados Unidos emitiera un sello en 1951 en conmemoración del 50 aniversario de su muerte, fracasaron. Sin embargo, Cuba sí lo hizo con un sello de 2 centavos.

En 1976, año en que se conmemoraba el centenario del nacimiento de Clara L. Maass, el gobierno de E. U. puso en circulación el sello en su honor, pero este no se emitió hasta el 18 de agosto, unos días antes de cumplirse el 75 aniversario de su muerte.

Carlos ECHENAGUSÍA
Madrid



Viñetas en recordación de Clara L. Maass, emitidas en los Estados Unidos